

expresivo, y señalando con el pulgar hacia atrás. Venía alguien pisándole los pasos, pues oí sonar en el corredor los de otra persona.

Eran dos: Claveque, que puesta una mano sobre el ojo izquierdo, se dirigió sin saludar, al aguamanil; y Carrasco, que con semblante asustado, le acompañó hasta el mueble y puso agua en la palangana con el mayor comedimiento. Lleguéme yo por detrás de Claveque, mientras se bañaba el lado izquierdo de la cara, sin comprender lo que ocurría, y pregunté:

—¿Qué tiene Ud?

Claveque no me contestó. Pujaba con cierto extraño bufido, y no cesaba de bañarse la mejilla izquierda; pero Redondo, con gesto adecuado, se llevó dos veces á la cara el puño, con rápido ademán.

—Le pegaron, me dió á entender.

No, no; eso no era posible. Claveque no se habría dejado abofetear de nadie.

—¿Quién? pregunté por señas.

Redondo hizo con ambas manos ademán de acariarse largos y gruesos bigotes. En-

tendí perfectamente, y sin poder contenerme obligué á Claveque á enderezarse, tomándole por la cintura.

—¿Qué le pasó á Ud? pregunté con viveza.

—Mire Ud., me contestó, presentándome la cara de frente.

Dí un daso atrás. Al derredor del ojo tenía un círculo amoratado, con gran inflamación que le llenaba la órbita, y mostraba en la cola de la ceja una desgarradura sangrienta y repugnante.

—¡Y se ha dejado Ud! exclamé con acento de cólera.

—No puedo vencer á un toro, replicó enojándose. Es la fuerza bruta, que yo no tengo. Verémos en el terreno de las armas.

—Y fué.

—El, sí, señor; él. Es el artículo de Ud., que salió por fin esta mañana.

—Pues eso me toca á mí; dije con rabia. Yo sí tengo fuerza bruta, si así la quiere; ó iremos á las armas, si lo desea.

—No; ya es asunto mío.

—Digo que no.

—¿Y este bofetón? No se meta Ud. ya en eso. No quiero, no consiento que Ud. se meta.

—Por ahora, dijo Sabás, será mejor que se ponga un lienzo de vinagre.

—Es mejor la tintura de árnica, dijo Redondo.

Quise todavía disputar mi derecho; pero los dos amigos nos hicieron callar, y mientras Sabás fué á la botica por la tintura, Redondo apercibió lienzos para aplicarlos á Claveque.

Momentos después, el herido descansaba en un sillón, con la cabeza apoyada en el respaldo, mirando el techo con semblante más que irritado, serio y tristón, que me disgustaba, revelando no sé qué semejanza con el del chico á quien azotó el dómine y se vé después rodeado de compañeros que se burlan de él.

No correspondía aquella cara, áun suprimido el lienzo mojado en árnica que cubría la contusión, con la gravedad del caso ni con las palabras del maltrecho periodista. Mirábale yo un momento, y mis nervios no

me dejaban permanecer en la silla; tenía que levantarme, y me paseaba por el cuarto, mordiéndome las uñas. Sentía yo el bofetón sobre mi ojo, veía yo la cara de don Mateo, amoratada de ira, y la belluda mano puesta en alto para caer de nuevo sobre mi rostro. Aquel bofetón era mío, y de seguro que el mismo Cabezudo lo estimaba así.

En medio de la agitación que estos pensamientos fueron produciéndome, me vino á la boca una pregunta que en el primer momento no me ocurrió hacer. Me encaré con Claveque, que seguía mirando las vigas.

—¿Y por qué, si el artículo es mío, Don Mateo le busca á Ud?

Claveque no pudo contestar de pronto, y sus miradas vagaron por todas partes, como si buscara en las paredes la respuesta. Pero pronto se repuso, recobró su seriedad, y me dijo:

—Fué un encuentro casual. Iba yo por Cordovanes con Redondo y Carrasco, y al torcer sobre la primera del Relox tropecé con él. Me reclamó como redactor que soy del periódico; pero como se expresó en tér-

minos duros, no lo sufrí y nos hicimos de palabras; y cuando yo menos me lo esperaba, me dió este golpe, que me aturdió, imposibilitándome para la defensa y por consiguiente para el ataque.

Miré la cara á los dos testigos, porque Claveque les dirigió la mirada de un modo particular; y noté que Redondo casi reía, mientras Carrasco abría los ojos con su gesto propio de asombro. Claveque mentía; pero no tenía yo fundamento bastante para echárselo á la cara, y callé, sin poder explicarme en qué y por qué mentía mi compañero; pero desde aquel instante me puse intranquilo, temeroso de encontrarme en situación ridícula ó vergonzosa sin saberlo; movíame de continuo; me sentía desazonado é impaciente, hasta que formé esta determinación:

—Esta noche buscaré á Don Mateo, suceda lo que suceda.

Tal resolución me trajo sin duda, algo de tranquilidad; porque pude pensar en otra cosa aunque sin olvidar el suceso que

me presentaba en la imaginación la cara de Claveque.

—Yo también, le dije, he tenido un serio disgusto esta tarde, que es preciso sepa Ud. cuanto antes para que arreglemos lo conveniente.

Los tres se pusieron á escucharme con atención, y yo fuí, refiriendo menudamente mi conversación con Escorroza, hasta llegar al fin, sin suprimir ni disfrazar nada, pues Redondo y Sabás gozaban de toda mi confianza. Cuando concluí, y entraba yo en los cálculos que tan satisfecho y tranquilo me habían dejado en punto á rentas, Claveque habia echado el cuerpo hacia adelante, poniendo en las rodillas ambas manos, el lienzo, seco ya, le colgaba de la solapa, y su semblante enteramente descubierto, tenía, para estar horrible, además de la inflamación, que le mantenía el ojo cerrado, además de la desgarradura de labios sangrientos y abultados, un gesto de cólera, de desesperación y de impaciencia que me asustó, obligándome á interrumpir mis números.

—¡Pues linda cosa ha hecho Ud., con mil

demonios! exclamó con descompuesta voz. ¡Es decir que ya no contamos con Albar! ¡Es decir que ya no hay *Censor*, ni tenemos que comer ni Ud., ni yo!

Fué esto un arranque de mi compañero, que como nacido de lo más íntimo, pasó sobre su prudencia característica, y sobre los respetos que siempre tenía para mí. Mi respuesta airada y oportuna, contuvo en parte la insubordinación; habló menos briosamente en seguida; pero ni volvió á acordarse de la tintura de árnica, ni desapareció de su semblante el gesto de aflicción, de enojo ó impaciencia.

¿Pero había cosa mejor para nosotros? Los cálculos eran clarísimos: Albar, sin exponer ya un centavo, estaba haciendo por medio de nuestro trabajo un gran negocio. Ese negocio sería nuestro, á la vez que adquiriríamos completa libertad é independencia absoluta. Nuestro papel sería más decoroso; nos abriríamos paso resueltamente entre los periodistas, como propietarios, etc.

—Señor Don Juan, dijo Claveque interrumpiéndome, está Ud., en mil errores, por

que no conoce nada del periódico, ni ha aprendido nunca á calcular.

Y casi se le saltaban las lágrimas, de desesperado y afligido.

—Los números...dije yo.

—¡Qué números ni qué nada! Todo lo compone usted á su manera, sin reflexión ni juicio. Albar le paga á Ud., cien pesos y cincuenta á mí, que recibe del Gobierno; Ud., es inspector de letreros y yo oficial en comisión del servicio. A Albar no le cuestan esos sueldos, y á nosotros ha de costarnos siempre la comida. El no gasta en papel, por que nos dá del que recibe del Gobierno para *El Cuarto Poder*; y nosotros tendríamos que comprarlo. No se venden los ejemplares por miles, si no por cientos; no tiene el periódico suscritores, si no son dos ó tres Gobiernos de los Estados, que toman algunos, ejemplares á cambio de elogios de *El Cuarto Poder*. De suerte que si Albar gana con el periódico dos ó trescientos pesos mensuales, nosotros no ganaríamos ni siquiera para pagar la impresión.

Las palabras de Claveque tan pronto me helaban la sangre, revelándome mi verdadera

situación, como la encendían con la vergüenza. Hablé de nuevo y me contradijo victoriosamente; indiqué mi resolución de escribir en otro periódico, y me replicó que recibiría yo cinco reales por cada artículo; precio de tarifa. Nada valió; ni ventas, ni suscripciones, ni anuncios. El periódico se vendía sólo en la Capital; porque fuera de ella no tenían interés los asuntos personales que casi exclusivamente trataba.

Tuve en cierto momento la intención de tirarle á Claveque una silla á la cabeza, sin saber por qué; quizá por que me inculpaba de la situación en que iba á encontrarse por mi imprudencia.

—¿Y las letras del tío fronterizo? pregunté con enojo.

—¡Qué letras ni que demonios! contestó él levantándose y entrando en la pieza inmediata.

La noche venía ya. Carrasco y Redondo creyeron que no debían dejarnos solos, y me obligaron á salir con ellos. Claveque, serio y mudo, salió también, después de envolverse la cara con un pañuelo, y vimos que tomó el rumbo de la casa de. Albar

XVIII

Visita de Pepe.

Mas fácil de gobernar que chiquillo hambriento, torcí mi resolución de ir en seguida en busca de Cabezudo, cuando Redondo distrajo mis ideas de aquel blanco y las llevó á considerar el asunto de Jacinta. Evadió la respuesta á mis preguntas relativas al encuentro de Claveque con el General; hizo marcharse por otro rumbo, á Carrasco, que lo hizo de buena gana, al observar que hablamos de asuntos secretos, y me obligó á que le pagara una cena opípara, de la que yo apenas probé alguna cosa.

Sobre los relieves de la cena clavó Redondo los codos, y en mis ojos su mirada bri-

llante y traviesa llena de la intencion de sus palabras; y habló largamente sobre el proyecto que estaba tardando mucho en ponerse por obra.

Las mujeres se enojan cuando no nos atrevemos; se impacientan si nos ven flojos ó cobardes, y tienen en general mas valor y resolución para derrumbarse que nosotros para derrumbarlas. Debía yo convencerme de que estábamos haciendo un papel ridículo y tanto Jacinta como ambas Chalupas, acabarían por preguntarnos si no éramos hombres y si tendrían que ir ellas por nosotros. Todo dependía de mí; de que yo conviniera con Jacinta la escapatoria; y ella estaba resuelta; casi se lo había dicho á él, porque le asustaba y enfurecía diariamente diciendole que ya se hacían los preparativos para mi casamiento con *la otra*. Estaba *al tentar*.

—Y figúrese Ud., hombre; figúrese Ud. á Jacinta.....

Habló largo desde este punto de arranque; largo y vivo, muy vivo, hasta concluir diciendo:

—¡Le tengo á Ud. envidial

Y me llenó de nuevo el vaso, que yo apuré con sed de febricitante.

No era todavía la hora de costumbre, cuando yo esperaba en la escalera á Jacinta, con más ansiedad que nunca, y lamentando mi desidia, causa de que no fuera aquella misma noche el lance. La Barbadillo no se hizo esperar, y llegó á mis brazos jadeante, como si hubiera corrido largo trecho. Al tocarme, sentí que sus manos ardían, y en seguida sus palabras me dieron á entender que estaba más agitada y nerviosa, y hasta capaz de abofetearme.

Redondo me había llamado su último ardid. No era tanto el casamiento con *la otra*, lo que tenía á Jacinta rabiosa y descompuesta: aquello la ponía nerviosa, pero lo nuevo la sacaba de quicio, la ponía loca. ¿Con que la noche anterior había yo bailado desde las diez hasta la cinco de la mañana con una cualquiera, con la Chalupita, y había convenido con ella que me la llevaría de su casa? Era yo tan sinvergüenza, que estaba cierta de que lo haría como lo había

ofrecido. ¡Una sucia de barrio, una remendona puerca, un asco, olorosa á pulque y á manteca!

Y en tanto mis orejas se volvían ovillos entre sus crispados dedos, y su aliento me bañaba el rostro, caliente y húmedo como vapor de agua hirviendo.

No lo negué; por el contrario, afirmé que todo era verdad, con un valor que en aquel momento no era efecto de un esfuerzo de mi parte; sino natural, espontáneo y fácil. Todo era verdad; pero aquello era una locura pasajera á que me arrastraba la desesperación de que ella misma tenía la culpa. Pero ¿querer á la Chalupa de veras? eso no. Ella era la que llenaba mi alma y me volvía loco; ella la que no me dejaba dormir por la noche, ni pensar en otra cosa durante el día. Que pusiera ella el remedio; que calmara mi inquietud, mi desesperación, ó romperíamos para siempre nuestras ligas. Iba yo reuelto: ó ella me seguía, ó no más vernos; porque la vida que yo llevaba era inaguantable. Si lo primero, la dicha mayor. Si lo segundo, á lo ménos no tendría ella el dere-

cho de meterse en mi vida, y yo podría hacer con la Chalupa ó con cualquiera lo que me diera la gana.

Media hora hablamos así; media hora que pudo reducirse á la cuarta parte; porque Jacinta no opuso resistencia formal. Y quedó ajustado entre araños y estrujones, que al tercer día, á las diez la noche, iría yo por ella.

Bajé rápidamente los escalones, al oír la voz chillona de doña Serafina en el corredor, y en el segundo tramo tropecé con Joaquín, que había estado allí, tal vez escuchando la conversación.

No sonaban las diez todavía, cuando entraba yo á mi casa, despues de recorrer la distancia del Puente Monzón á mí casa, andando algunas calles de más por hacer más largo el camino, que quizá quisiera encontrar interminable. Algo de vanidad de triunfo y miedo de criminal se juntaban en mi corazón; pero á pesar de lo segundo, me sentía satisfecho de la conquista é impaciente por la realización de mis propósitos.

Había luz encendida en la redacción, y

presumí que sería Claveque, contra el cual sentí de súbito un movimiento de rencor, y algo como deseo de pegarle. Pero mi sorpresa y contrariedad fueron muy grandes cuando ví que me había equivocado, y que quién me esperaba era nada ménos que Pepe Rojo.

—¡Gracias á Dios exclamó al verme entrar. Hace media hora que lo espero; y por fortuna encontré un pillete en la escalera, que dijo ser criado de vd. y que vió en mi cara y en mi traje las huellas de mi virginal honradez; me abrió el cuarto y encendió esa luz. De no ser así, le tengo que aguardar de pié en el corredor.

—Importante debe de ser el asunto, dije yo, cuando se le vé á usted por acá.

—En efecto, importante. ¿Y me hará vd. el favor de decirme con qué rentas cuenta vd. para andar tan fresco por las calles, después de lo que hoy le ha sucedido?

—¡Ahl ¿Lo sabe vd?

—De pe á pa, contestó Pepe. Ya llegó el caso aquel de que *El Censor* se muera; á lo menos para vd. Y precisamente se muere

sin que usted me haya hecho caso, cuando más interesante es su preciosa existencia.

—Deje vd. de burlas de mal gusto, repliqué con enfado. Si ha venido vd. para eso sólo, no le agradezco la visita.

—Ya sé que de ningún modo me la ha de agradecer, dijo mi antiguo compañero; pero yo no vengo á recoger coronas como actor en noche de beneficio. Vengo á decirle á vd. para su gobierno, que ya se lo llevó el mismísimo demonio. Que ya no hay *Censor* y desde el momento en que no hay *Censor*, no hay ropita nueva, ni comidas en los cafés, ni glorias literarias, ni autoridad de escritor, ni un comino de superioridad sobre el común de los gacetilleros..... Eso, eso es lo que vengo á decirle á vd.

La sangre se me enfrió en las venas, al oír aquella revelación descarnada y dura, que era tanto más clara y cierta para mí, cuanto que venía de la boca de Pepe; de Pepe, que en aquel instante estaba sério, dejando descubierta toda la dureza de sus angulosas facciones. Mi vanidad, sin embargo, se reveló contra sus últimas palabras,

y quise devolverle el golpe; pero él me escuchó sin alterarse, púsose despues más serio, y sin hacer uso siquiera de una palabra que pudiera parecer burla, me repitió lo mismo que había dicho, ampliando sus afirmaciones con razonamientos que, cuanto más sanos y juiciosos, más hondamente me lastimaban, atando mi lengua y desjarretando mis bríos.

¿En que se fundaba mi autoridad como crítico, si yo no sabía al diablo la letra de buena literatura? ¿En qué el temor que pudiera tenerse á mi pluma, desde el momento en que no había quién me la pagara? ¿En qué mis humos de personaje, si ya no podía yo estrenar una levita cada domingo, ni cambiarme la camisa todos los días? Anocheceía yo gran escritor para amanecer surcador de gacetillas sin pizca de gramática.

—Y todo esto, continuó Pepe, después de hablar de hilo durante largo rato, puesto de pié, y amenazándome con un dedo; todo esto se lo van á decir á Ud. mañana en letras de molde.

—¡A mí!

—Sí, señor, á vd. Le van á medir con su misma vara. Por eso se lo vengo á decir: para que piense vd. si lo conviene irse á la frontera del Norte ó á la del Sur.

—¡Pero esto es una infamia! Veré á Albar; le diré.....

—No le diga vd. nada, hombre. ¿Para qué?

—Todo esto procede de ese hombre maldito que me persigue.

—A quien persigue Ud. y que toma el desquite. Ha ganado á Albar, creo que quedando el último cartucho; porque ese pobre diablo está más quebrado que yo. San Bonifacio reporta una hipoteca enorme que he visto en la notaría de Angosto; su casa de San Martin está embargada por los Gonzagas según me cuentan; los usureros le han comido ya sus sueldos de todo este año, y ya no puede vivir aquí si no es deshaciéndose cada semana de un diamante. Sin embargo, creo firmemente que la caída de vd. le cuesta buen dinero, que entra á las cajas de Albar y Gómez; y estoy cierto, porque casi he presenciado el ajuste, de que el artículo que

mañana le pone á vd. en la picota, le cuesta unos cien duros.

Mientras oía yo á Pepe, la sangre se me agolpaba en la cabeza ó bajaba súbitamente á las extremidades, como lava encendida; y sucediéndose en mi corazón los más encontrados sentimientos, mudábanse en mi mente las ideas, siendo ya de abatimiento por la vergüenza, ya de venganza por la ira más feróz.

Pepe siguió hablándome, siempre serio y grave, pintando mi horrible situación con vivos colores; y tal fué su influjo sobre mí aquella noche, que logró hacer predominar en mi corazón el abatimiento sobre el encono. Al fin, cuando me llamó tonto; cuando me dijo que la telilla de oro estaba gastada y que enseñaba yo ya la suciedad del cobre, no tuve alientos para irritarme. Estaba yo vencido, y le oía sentado en una silla, apoyada la sien en una mano y con los ojos clavados en el suelo.

—No he venido, me dijo después, sólo para darle estas noticias y hacerle comprender su situación tristísima; sino también para

proponerle el único remedio que puede salvar algo, ya que no todo lo que va Ud. perdiendo.

—¿Cual es? pregunté vivamente.

—Ir ahora mismo en busca de D. Mateo; proponerle una paz honrosa, y exigirle que nada haga ya contra Ud. en cambio de la promesa de no volver Ud. á atacarle.

—¡Yo ir á buscar á ese hombre!

—Elija Ud.: ó ese remedio, ó mañana la vergüenza más completa, por más que mate Ud. á todo el mundo. Yo le acompañaré para evitar cualquier arrebato y ayudarlos á entenderse. Pero elija Ud. pronto, porque son cerca de las once, y puede entrar él á su casa antes de que lleguemos.

¡Hablar con D. Mateo! Sí; lo había yo pensado antes; pero no para pedir paz; sino para reclamar mi derecho á sus ataques, como autor del artículo publicado aquel día. Fundí los dos propósitos, sin comunicar á Pepe mis pensamientos, y después de algunos minutos que aún duró mi vacilación, y que Pepe empleó en reforzar sus argumentos, salimos los dos, para ir á esperar á D. Mateo á la puerta de su casa.

XIX.

Frente á frente.

La ligera lluvia que había caído á las diez, había causado uno de esos repentinos cambios de temperatura, tan frecuentes en la ciudad como desapacibles para sus moradores. La lluvia quedaba en amenaza para toda la noche, pues los nubarrones, extendiéndose y dilatándose por todo el cielo, se habían cambiado en uniforme nube que ocultaba las estrellas con manto oscuro de plomo que no engendraba un sólo relámpago, y dejaba caer de vez en cuando sobre la ciudad ya casi silenciosa, una llovizna menuda como de polvo de agua, que agitada del vientecillo frío que se estrechaba en las calles, nos azotaba y humedecía el rostro.

Caminaba yo al lado de Pepe, sintiendo á cada instante que un escalofrío nervioso me sacudía el cuerpo, no sé si por efecto del estado en que se hallaba mi espíritu ó del desapacible soplo del viento frío que me lastimaba. Nuestras pisadas tenían esa resonancia distinta, que se oye desde lejos á media noche en las calles desiertas, y sólo de vez en cuando, al cruzar una boca calle, oíamos á los lados los pasos de algún trasnochador, ó las del sereno que volvía á su punto, después de recorrer la calle lenta y perezosamente. La policía era entonces tan escasa como inútil.

Pepe, en voz baja, fué dándome valor para aquel paso difícil, en el cual el trabajo principal consistía en la moderación y la suma prudencia. Yo le oía ya sin enojo; escuchaba atentamente sus palabras, y comprendiendo mi terrible situación, procuraba armarme de la prudente paciencia que me aconsejaba el leal amigo; pero cuando de súbito me venía á la imaginación el cuadro de D. Mateo y Claveque, en el cual me sustituía yo en lugar del segundo, el ner-

vioso escalofrío recorría mi cuerpo sacudiéndole, y de modo inconsciente, mi mano derecha acudía al mango de la pistola afianzada en la cintura.

—Las cosas han de hacerse así, en caliente; decía Pepe, cuando entramos en la calle de Tacuba. Mañana, á la luz del día, Ud. tendría mas pena de venir; y además, podría ser tarde, porque hay propósito de que el periódico salga por la mañana.

Del estreho callejón de la Alcaicería salía un murmullo de voces, procedente del laberinto de callejones que había años atrás entre Tacuba y Plateros. Mujeres perdidas de burda tela, y hombres aficionados, discurrían por aquellos vericuetos asquerosos, que parecían los intestinos de la elegante ciudad. Los guardianes del orden, excusando las cercanías de aquel lugar, para no verse en el caso de apaciguar las continuas reyertas, solían dejar abandonada la calle de Tacuba, pretextando recorrer las adyacentes.

Pepe y yo seguimos hasta llegar á la puerta de Cabezudo. Allí mi compañero, tras breve momento de reflexión me impuso el

programa, al cual hube de sujetarme. Retrocedí hasta el zaguan inmediato, para esperar á que Pepe me llamara, mientras él se quedó á pie firme, aguardando á D. Mateo.

Una vez sólo, los fuelles de mi fragua comenzaron á encender el abundante combustible. Era preciso someterse á los consejos de Pepe, y hacer las cosas como él lo indicaba; pero D. Mateo iba á ensoberbecerse, iba á insultarme, á alzar la mano quizá..... Y entre las dos vergüenzas, prefería yo mil veces la primera, me la echaría encima sin remedio; pero dejarme tocar en un cabello ¡eso no!

Y sin pensarlo, apretaba yo entre los dedos el mango de la pistola.

Al cabo de un rato, mis pensamientos fueron de súbito interrumpidos. Los pesados pasos de Cabezudo resonaron en el silencio de la noche, y yo los conocí desde que el General entró en la calle de las Escalerillas. El corazón me dió un salto, y sentí un cierto temor que me avergonzó ante mí mismo, y al cual me sobrepuse en breve. D. Mateo venía sin duda de la casa de Felicia

¡Faltaba tan poco para el casamiento...

Al pensar así, el escalofrío fué más intenso, y el odio, recrudescido en breve instante, me hizo olvidar el objeto que me llevaba á esperar á aquel hombre.

¡Maldito hombre aquel, causa de todos mis males, autor de mi infortunio por su vanidad! ¡Maldito él, que no contento con arrebatarme cuanto amaba yo en el mundo, lanzándome al vicio, me vencía al fin, obligándome á ir á buscarle en demanda de paz!

Al llegar D. Mateo, y ver á Pepe que salía á su encuentro, se detuvo receloso; pero sin duda le reconoció luego, porque avanzó con franqueza, y ambos fueron á colocarse junto á la puerta. Oí desde mi sitio el rumor de la voz de Pepe, sin distinguir palabra. Algún preámbulo le sirvió para comenzar, porque durante algunos minutos, sonó su voz sin interrupción, con ciertas inflexiones insinuantes.

—¡Esel oí decir á Cabezudo con toda claridad.

La sangre se me encendió; pero no me

moví, y seguí oyendo el rumor de las palabras de Pepe, que hablaba de corrido, como para evitar interrupciones. La inflexión frecuente, era entonces la del argumento persuasivo. A poco la voz de D. Mateo alternaba su rumor ronco con la de Pepe, ya sin claridad, como si hubiera sido advertido el General de que yo estaba muy cerca. La discusión estaba armada y yo comprendí que no tardaría Pepe en llamarme.

—Viene de ver á Felicia.... Se resiste á hablar conmigo..., pensé.

Y cuando Pepe se volvió para llamarme, estaba yo casi entre los dos.

—Conque Ud. quiere paz, dijo Cabezudo con acento orgulloso.

—Yo quiero... dije, sintiendo que el escalofrío me hacía estremecer.

—Sí, interrumpió Pepe, tomándome de un brazo que apretó fuertemente; quiere paz, puesto que no hay motivo para que ambos se perjudiquen como hasta hoy. El ofrece bajo su palabra que no volverá á tocarle á Ud. ni para bien ni para mal; porque comprende que no hay razón para....

—Bueno, dijo D. Mateo, con el mismo entono; pero Ud. quiere paz ¿no es esto?

—Le repito á Ud., continuó Pepe, sin dejarme hablar, qué es lo que viene buscando. Son Uds. paisanos y viejos amigos, y aquí debieran ayudarse, en lugar de arruinarse mutuamente. No hay para qué entrar en explicaciones peligrosas; se dan los dos palabra de no volver á.....

—Bueno, hombre, bueno; repitió Cabezudo impaciente y alzando la voz con grosería; pero que me diga él, qué es lo que quiere. Qué me lo diga él ¿por qué no me lo ha de decir!

Yo sentí en la lengua una respuesta que me quemaba la boca; pero Pepe la detuvo cuando iba á salir.

—Dígaselo Ud., Juan; me dijo apretándome otra vez el brazo. El señor general desea que esto se arregle, lo desea tanto como Ud.; y es preciso que Ud. también sea deferente y cortés. El señor general ordenará que no se publique el periódico...

Estas palabras las dijo Pepe con entonación particular, acompañándolas de un ter-

cer apretón, para obligarme á tener presente la necesidad que tenía yo de obrar con prudencia. Contúveme aún, hice un poderoso esfuerzo y dije con voz temblorosa que en vano traté de hacer tranquila:

—Yo he atacado á Ud., porque Ud. se ha manejado mal conmigo.

—Yo no me he metido con Ud. para nada, replicó ásperamente D. Mateo.

—No me refiero á estos tiempos, repuse, sino á...

—Ni á ninguno, interrumpió el general como para no dejarme hablar. Ud. se me ha atravesado en el camino y se ha empeñado en *amolarme* como se le ha dado la gana; pero como no me dejo de cualquier títtere, ya ve cómo le va ahora, que hasta me viene á buscar á media noche.

—Calmese Ud., dijo Pepe, alarmado.

E iba á continuar hablando, para cortar las contestaciones y enderezarlas luego por mejor rumbo; pero las palabras de D. Mateo me habían herido profundamente, dando al traste con mi poca y forzada paciencia, y produciéndome el más fuerte escalofrío.

—Señor Cabezudo, dije encarándome muy de cerca con el General; cuando he venido á buscar á Ud., ha sido por consejo de este amigo mío, creyendo que á los dos nos importaba estar en paz; pero no por miedo.

—Pues á mí no me importa su paz de Ud., replicó D. Mateo con voz fuerte, y apartando el brazo de Pepe que le estorbaba para avanzar.

—Pues á mi tampoco, contesté airado.

—Mañana le pondré Ud. en vergüenza, contando su vida en un periódico.

—Yo concluiré la de Ud., para que vean todos que el tal general no sirve para sargento.

—¡Canastol ¡Recanastol gritó el hombrazo fuera de sí. ¡Le voy á romper la bocal

A un empujón de su hercúleo brazo, Pepe fué lanzado contra la puerta produciendo al chocar con ella un ruido capaz de alarmar á la vecindad; y antes de que yo tuviera el tiempo necesario para prevenirlo, cayó D. Mateo sobre mí, descargando un puñetazo que paré con el brazo izquierdo, y que

sin embargo me hizo vacilar é hincar en tierra una rodilla. Apenas tuve lugar de retroceder, dando un salto hacia atrás; porque Cabezudo, que de nuevo lanzó lejos de sí á Pepe, cuando trataba de contenerle, volvió al ataque como toro embravecido. Yo descuidé la defensa, por atender al ataque, y mientras con mano crispada arrancaba del cinto la pistola, D. Mateo me agarró por la garganta, clavándome los dedos hasta ahogarme. Yo no traté de evitarlo, y al sentirme estrangular, apoyé en el pecho de Cabezudo la boca de la pistola, á tiempo que sobre nuestras cabezas se abrió estrepitosamente un balcón, y la voz sonora y vibrante de Remedios gritó con mortal angustia:

—¡Tío, por el amor de Dios!... Tío!...

La detonación resonó en el silencio de la noche con triple intensidad; pero el arma desviada por la mano de Pepe, lanzó la bala á lo largo de la calle. Un grito de espanto sonó en el balcón, estridente y agudo, y llegó á nuestros oídos el ruido de vidrios, rotos sin duda por Remedios.

D. Mateo entró con precipitación por la puerta que acababa de abrirse, y Pepe, arrastrándome en su fuga, me hizo entrar por los oscuros callejones á todo correr.

—La policía, la policíal me decía en voz baja sin moderar el paso.

—¡Metánse aquí! nos dijo una voz en uno de los más oscuros callejones.

Y entramos en una casuca de lóbrego zaguán, cuya puerta se cerró en seguida.

—Dame la pistola, dijo la voz.

Obedecí sin vacilar, y entramos en una pieza en que estaban hasta tres mugeres, de facciones marchitas, y rostros desvergonzados, llenos de colorete.

—¿Tú mataste á alguno? preguntaban á Pepe.

—¿Le diste?

—Aquí no entra la policía.

—¡Y que entrel

—Todas dirémos que Uds. no se han meñado de aquí desde las nueve.

—Tú eres el más asustado, chiquillo, me dijo otra; no tengas miedo, hombre.

Lleno de repugnancia y de asco, tuve que

sufrir á aquellas mujeres, que nos amparaban en su inmunda sentina, imitando á Pepe, que aún llegaba á galantearlas.

Dos horas permanecimos allí, retirándonos por fin, á pesar de la resistencia de nuestras salvadoras, por la calle de Plateros. Pepe me obligó á ir con él á su cuarto, y cuando estuvimos en él, el leal amigo me puso una mano sobre el hombro, y me dijo:

—Si esa muchacha se enferma y se muere, Ud. y ese bruto tienen la culpa. La noche está fatal, y según lo que imagino y lo poco que alcancé á verla, saltó de la cama para salir al balcón.

La historieta.

Pepe se mantuvo en vela, calmando mi agitación y procurando disuadirme de los intentos que me venían á la cabeza y le comunicaba. Me eché en la cama, repasando punto por punto lo ocurrido durante aquella noche, y á la madrugada, no sé á qué hora, rindióme la fatiga moral y me dormí.

Cuando desperté, la vela espiraba en el candelero y la luz del sol entraba por las rendijas de la ventana. Pepe, con la cabeza entre los brazos, que apoyaba sobre la mesa, dormía profundamente; y temiendo no tratara de detenerme, levantéme atentado y cuidadoso, y sin hacer el más leve ruido, abrí la puerta y salí.

Con paso rápido me encaminé á la redacción. Eran ya cerca de las ocho, y al entrar me encontré con la criada de Felicia que me entregó una carta. Sin leerla, y recordando el rumbo que Don Mateo traía la noche anterior, la hice pedazos, arrojé estos al suelo con cólera, y dije á la mujer:

—Dígale Ud, que no se meta conmigo; que no quiero cartas, ni recados, ni nada.

—Me dijo... balbuceó la criada con timidez.

—¡Que no quiero nada! repetí

Y subí, dejándola con la palabra en la boca.

Sin una idea preconcebida, comencé á arreglar mis papeles, rompiendo unos y guardando otros, todo con febril agitación, como si me preparase para un viaje largo y solo contara con pocas horas para quedar listo. Cuando concluí con los papeles, pasé á mi alcoba y comencé la tarea de poner en un baul mi ropa; y en tal trabajo me eucontraba, cuando á eso de las diez, entró Sabás buscándome, descolorido, tembloroso y con cara de miedo.

—¿Qué hace Ud? me preguntó.

—Arreglando esto.

—¿Está Ud. de viaje?

—Sí,

Carrasco llevaba un periódico en la mano lo cual no me llamó la atención, porque era costumbre suya, como para denotar que era periodista. Se acercó algo más á mí y preguntó:

—¿Es algún viaje..... largo?

—Sí, yo creo que sí. Quién sabe. Por lo menos me voy de esta casa. Tal vez me vaya muy lejos.

—Entonces..... dijo Sabás; entonces ya leería Ud. esto ¿no?

Con un sólo movimiento me puse en pié y arranqué el periódico de mano de Carrasco. Le desdoblé y ví con asombro que era un número de *El Censor*, acabado de salir de la prensa, según estaba de húmedo. Figuraba en primer lugar la *historieta* de costumbre, y no bien leí las primeras líneas, comprendí que se trataba de mí, que era yo la víctima de Claveque, elegida para aquel número. ¡Era él quien había recibido los cien

duros de Don Mateo! Con rapidez increíble, pero sin perder una sola palabra, mis ojos recorrieron el infamante artículo, tan duro, tan punzante y procaz como los que yo había aplaudido mil veces, y aún retocado en ocasiones.

Cuando llegué al último renglón, mi cabeza parecía próxima á estallar, y la ira, el espanto, la vergüenza y la desesperación me volvían loco. Sin darme cuenta de ello, comencé de nuevo la lectura, tan rápida como la primera; y concluida, por tercera vez empecé á leer, más bien abatido que colérico, sintiendome humillado con irremediable humillación.

Salí á la sala, y sentado junto al balcón proseguí con cierta calma la tercera lectura: Yo sabía que iban á infamarme; pero no creí nunca que tan gravemente; que iban á herirme; pero no con tan duro insulto; que mi historia no era enteramente limpia, pero no tan inmundada como allí aparecía. Y todo aquello ó su parte más esencial..... ¡era enteramente cierto!

Decía la *historieta* que había yo podido